



abuelo, Severo, Felipe, Joaquín, el de Miguel, Jesús Mínguez y los dos últimos sentados, Eusebio el de Miguel y Francisco Martín.

Reunión bodeguera de las que nunca escasean porque los pájaros andan siempre alrededor del alpiste y aquí hay un primer sujeto a la izquierda que es un tipo muy característico de los panetes alcazareños, que es Juan Octavio el de la Alameda, donde está hecha la fotografía en la casa de ALQUIMBAO, junto al palomar. El segundo es Miguel Vaquero, de sombrero, que tampoco lo llevaba todos los días y hay que suponer algo. Le sigue un arrimao. El chico mayor de Miguel, Antonio, como su

lleno que le echaba un tercero con una lata del petróleo con asa y con la que hacía buen chorro hasta que llegaba al gollete. Retirado el embudo todavía se continuaba echando para que la boca se quedara bien ajustada, retorciéndola y atándola fuerte con una cuerda firme y se iban colocando contra la pared o contra las tinajas para cargarlos en cuanto llegara el carro que los llevaba a la estación en número de 8 o 10 o 12 cuando más, en cada viaje.

Al empezar a medir el corredor hacía una raya horizontal con una tiza en la panza de la tinaja, a su derecha, todo lo larga que alcanzaba y cada veinte medias, que eran diez arrobas, hacía una raya corta vertical partiendo de la horizontal formando una especie de fleco. Al llegar a ciento, la raya vertical correspondiente se subía por encima de la horizontal y se le hacía en la punta una especie de moño o adorno, de tal forma que al primer golpe de vista, cualquier entendido sabía la canti-

Lino, ya afianzado, vuelve a su país y camina por una estrecha aunque enlosada acera que nos habla de la vida dura y angosta de la tierra burgalesa.

